

Mujeres de Influencia

Los ‘Influyentes’ son muy populares en estos días en nuestra cultura y, dependiendo del punto de vista personal, pueden ser o no algo bueno. El término ‘influyente’ ha tomado un sentido muy comercial, como “el poder de afectar las decisiones de compra de otros debido a su autoridad, conocimiento, posición o relación con su audiencia.” Parece que este tipo de influyentes tienen un interés creado en ejercer tal poder, incluso si lo ejercen abiertamente, para poder obtener lucro o para obtener el reconocimiento y poder que conlleva el acumular un mayor número de “vistas” en las redes sociales.

Ah, pero tenemos la forma más original y menos transaccional de ‘influyente’ – alguien que inspira, guía e incluso nos agracia dedicándose a sí mismo buscando principalmente nuestro bienestar, con el cual esta persona encuentra gozo y satisfacción. Alguien que pone en segundo plano su interés personal ante a su entrega. Alguien que se preocupa lo suficiente para hacer sacrificios personales para nuestro beneficio.

Los influyentes mercantiles compiten unos contra otros ya que solo hay una cantidad limitada de lo que pueden ‘compartir.’ Los influyentes espirituales nos guían a algo más allá de sí mismos; ellos tienen mediadores de un mensaje y de un misterio que trasciende cualquier tensión entre ‘mi bienestar’ contra ‘tu bienestar.’ Ellos nos señalan por medio de su persona misma, su hermosa consideración, a bienes que no se agotan al compartirse. Tales bienes son ‘comunes’ en el sentido de un acogimiento de la comunidad a un nivel natural, social, y una comunión elevada a un plano eterno. Ellos nos acercan más a Dios y a los demás que voluntariamente permiten ser influenciados de maneras similares.

Los influyentes mercantiles pueden activar desconfianza de acuerdo con la antigua máxima Romana: “*caveat emptor*” – advertencia al comprador. Los influyentes espirituales, por el contrario, evocan confianza, generosidad, solidaridad, caridad, esperanza.

María, la madre de Jesús, es el modelo ejemplar de un influyente espiritual. En estas semanas de septiembre que nos llevan hacia octubre, pasamos por las que pudiesen considerarse como las celebraciones Marianas menores (el Cumpleaños de María, el Santísimo Nombre de María, Nuestra Señora de los Dolores, Nuestra Señora del Rosario.) Pasamos por todo el espectro de la vida de María, desde el gozo de Joaquín y de Ana en su nacimiento hasta los momentos en que su corazón se destrozaba al lado de Jesús en el Calvario, hacia el conjunto de misterios que encierran la misión y el misterio de su Hijo. María apenas habla en las Escrituras, pero hacemos bien en cuestionarnos cuáles eran sus características personales como niña, como esposa, como madre. ¿Cómo impactó y motivó a la gente a su alrededor?

¿Se motivaron sus padres a una mayor observación de su propia fe al ver cómo su hija era algo así como una esponja de la palabra de Dios? ¿Motivó a sus compañeros de juego en las calles, a los que iban a la sinagoga, a los que hacían los deberes de sus casas o simplemente a quienes frecuentaba, a una mayor dignidad y presencia en su hablar y en sus actitudes unos con otros? ¿Inspiró a una mayor devoción a la oración durante todo el día, más allá de unas simples palabras de agradecimiento antes de sus comidas? ¿Pusieron mayor atención en las tareas que les asignaban para que esto les permitiera relajarse más plenamente al terminar las tareas diarias – y no caer presas a las formas tontas de entretenimiento que los dejaba aún más desgastados?

María les dice a los sirvientes en la fiesta de las bodas de Caná, “Hagan lo que él les diga.” Impresionantemente, la escuchan, cuando ellos pudieron haber ignorado a su Hijo, ya que entonces era prácticamente un desconocido. (¿No hemos sentido en algún momento como si el mesero de nuestra mesa en el restaurante está demasiado ocupado o simplemente nos ignora? No tenemos la misma influencia convincente de María.)

Dios Padre, al ofrecernos a su Hijo a través de la mediación de María su madre, equipa a gente especial en nuestras vidas para que se conviertan en influyentes. Aquellos que invocan la intercesión de María y que buscan imitarle reciben la gracia de poner la competencia a un lado y a esforzarse por una comunión fundada en la caridad y el respeto por la dignidad que es el principal don que Dios nos da. Nos resistimos a la tendencia de mostrar nuestros propios poderes de atracción y persuasión en beneficio propio.

Quisiera poner el reflector sobre una mujer entre muchas en nuestra Diócesis que es una influyente en nuestra propia cultura local. Bárbara Quijano Decker, Directora Ejecutiva de Caridades Católicas de la Diócesis de Des Moines (Catholic Charities of the Diocese of Des Moines, por su nombre en inglés) los pasados cinco años, fue reconocida por el Des Moines Business Record (publicación Registro Empresarial de Des Moines, por su nombre en inglés) como “Mujer de Influencia.” El honor es bien merecido, pero se queda corto en capturar la potencia e influencia espiritual que ejerce esta mujer e hija de la Iglesia sobre tantos en nuestra comunidad, incluyéndome a mí mismo.

Nacida de padres italianos y mexicanos, Bárbara fue testigo del respeto y de la dignidad que manifestaban sus padres hacia sus hijos y hacia otros en la comunidad más allá de la propia, pasando por alto lo que en veces era una actitud mezquina hacia los matrimonios entre diferentes grupos étnicos. Ella acogió el énfasis en la educación y del arduo trabajo que recibió de su familia y la vida en la fe y devoción que le ofrecieron las Hermanas de la Humildad durante su educación escolar parroquial. Ella avanzó por varios títulos en la Universidad de Drake, culminando con un título en derecho que incrementó su capacidad de escuchar y de ofrecer consejo y su sabiduría a aquellos a quienes respondía durante su administración en el Des Moines Register & Tribune, en el sector corporativo, en el gabinete del presidente de la Universidad de Drake y en el Hospital Mercy. Eventualmente, llegó el momento de mostrar su liderazgo en el Colegio Mercy de Ciencias de la Salud (Mercy College of Health Sciences, por su nombre en inglés.) Como presidente de Mercy College, su alto potencial en estándares profesionales combinó su gracia, ecuanimidad y abnegado compromiso con el carisma de Mercy en sanar y restaurar la esperanza, especialmente en situaciones donde la pobreza parece limitar las perspectivas de vida de las personas, así como su propia autopercepción.

Bárbara dejó Mercy luego de rendir honores a sus fallecidos padres y aceptó humildemente el llamado del Señor para asumir el liderazgo de Caridades Católicas de la Diócesis de Des Moines. Debemos de estar todos agradecidos con los excepcionales dones de esta mujer, quien dentro de las múltiples oportunidades que se le presentaron para beneficiarse financieramente, prefirió probar su suerte en la “opción preferencial por los pobres” que está en el centro del Evangelio.

Bárbara tiene una presencia que es de gracia y de apremio de modo que motiva a las personas a enfocar su atención y combinar su misericordia y la generosidad de sí mismos por algo más grande – llamémosle el Reino de Dios. Caridades Católicas en la Diócesis de Des Moines ha sido el trabajo de Dios entre nosotros ya por un siglo de espíritu y gracia que lleva a apoyar las vidas de aquellos que sufren y de quienes están en riesgo de perder la esperanza. Nuestra Diócesis comienza ahora un año de celebraciones reconociendo la presencia de

Caridades Católicas entre nosotros bajo el tema: “Un Siglo de Cuidado y Compasión: Cumpliendo la Promesa de Cristo de Ayuda y Esperanza.”

Construido por aquellos que le precedieron, Bárbara supervisa los esfuerzos para apoyar inmigrantes y refugiados, madres solteras y a sus hijos, así como a las víctimas de abuso doméstico. Ella ha enfrentado las tensiones locales entre las iniciativas para remediar la inseguridad alimentaria. Ella y su equipo se esfuerzan incesantemente para asegurarse que tanto adultos como niños que enfrentan problemas de salud mental y espiritual tengan alguien quien los acompañe en su camino hacia la paz y una confianza renovada, que es vida misma y en que, el Dios que es vida, es su aliado.

Bárbara Decker es una mujer de una fe inquebrantable. Ella está comprometida en su Parroquia de la Catedral de San Ambrosio en donde ora y alaba, y donde ella benigneamente ejerce su liderazgo al ofrecer sus percepciones y sabiduría entre los diversos grupos parroquiales. Ella vive y respira la caridad de Cristo. Cuando tengo la bendición de compartir con ella en reuniones, e incluso en momentos casuales, salgo más comprometido con nuestra misión como Diócesis, con mi propia vocación como sacerdote y obispo.

Al igual que María, la Madre de Jesús, Bárbara Decker es influyente en el mejor sentido de la palabra.